

Entre el tiempo

María Alejandra Nagles Hurtado

Este parecía ser un día como cualquier otro. Mi padre había venido a visitarme así que desde ese medio día me despedí de mamá y me fui de casa. Se me hizo un poco extraño que mamá no llamara pero me dije: sabe que estoy con mi papá, no ha de preocuparse. Al llegar a casa papá me dejó con prisa, abrí la puerta y pude ver cómo mi mamá intentaba arrastrarse por el piso.

La calle suele ser bastante sola pero para nuestra suerte pasó un taxi, lo paré y el señor me ayudó a subirla al carro. Realmente se encontraba mal. Llegamos a una clínica y la hicieron pasar a urgencias.

Había un solo médico que estaba concentrado en la atención de tres bebés. Ella llegó a las ocho de la noche, se acercaban las once y el médico no hacía nada. Sólo le mandó unos exámenes de sangre, por cierto, muy demorados.

Mi abuela estaba devastada al igual que mi tío y todos se sorprendían ante mi tranquilidad. Pero ya era justo que le prestaran la atención adecuada y por eso, el esposo de mi mamá se enojó con el médico y al instante, como por arte de magia, aparecieron los exámenes.

Según el diagnóstico era apéndice y el grado de infección era demasiado alto. Así que el médico se preocupó y dijo que “ya se había peritoneado”. De inmediato, entregaron una orden de remisión a la Clínica Valle de Lili, en Cali. Justo antes de subirse a la ambulancia le tomaron el ritmo cardíaco y susurraron “No alcanza a llegar a Cali” así que decidieron remitirla al único hospital en Buga en el que pueden operar.

Subí con ella a la ambulancia. Cuando no tenía los ojos cerrados, su mirada estaba perdida, como si no estuviese. Cada vez que la ambulancia se elevaba por las irregularidades de las calles, apretaba mi mano y se le escuchaba un gemido de dolor. Al llegar a la bahía del otro hospital tuvo un paro bronquio respiratorio. Es como si todo se detuviera en un momento. Lo que veían mis ojos pasaba en cámara lenta. Los médicos corrieron y fue llevada al quirófano. Después de un tiempo, uno de ellos salió y dijo que le estaban realizando una cirugía exploratoria ya que no estaban de acuerdo con el diagnóstico. Entró de nuevo.

Yo estaba sola debido a que dejaban entrar a un acompañante.

Me acosté sobre unas sillas de madera mientras miraba los cubre lechos que colgaban del techo. Volvió a salir otro médico diciendo que mi madre presentaba un embarazo ectópico. Y entró de nuevo. Entre el viento que movía los

cubre lechos y la tenue luz del largo pasillo, pensaba muchas cosas. Realmente no me importaba la vida de mi supuesto hermanito y hasta me sentía mal por eso. Sólo me importaba mi mamá. Después de largas horas, término la cirugía y me dejaron entrar. La tenían canalizada en el cuello y temblaba demasiado. Es que ella suele ser muy friolenta.

Estuvo un mes en el hospital pues tenía que ser transfundida todos los días. Yo me quedaba en la casa de mi tío y la esposa de él me llevaba todos los días al colegio. En las tardes me iba caminando hasta el hospital y me quedaba hasta las once o doce. Como soy hija única, ella solía decirme desde pequeña que tenía que hacer mis cosas, que no debía depender de ella en lo absoluto. Incluso pensaba que era un poco dura pero en ese momento, comprendí su enseñanza.

Entendí que si me quedaba pasiva y no me desesperaba llorando era porque ella, tiempo atrás, me había enseñado a ser fuerte. Ella siempre se preocupó por eso. En ese momento aunque la situación me doliera en el alma, la vida continuaba. Así que seguí yendo al colegio, manteniendo mi rutina. Mi mamá sobrevivió y aunque ha vivido otros episodios de delicada salud, sigue aquí conmigo.